

PENACHOS LUMINOSOS Y APAGAVELAS ILUMINADO

Julio CERON

Publicado en ABC el 1 de abril de 1985

HACE algo más de tres meses, después de dieciocho años de silencio, decidí personarme. Me he personado con cinco puntos (que repito y repito, «ad nauseam»). Primero, en un manuscrito de el cual me pagaron de antemano, pero del que nunca mas he sabido nada, misterio entrañable que no quiero romper preguntándoles qué pasa, porque a mi edad es ya de por sí prodigioso tener un misterio en la vida, como si fueras todavía niño o adolescente; después, en una conferencia -«Segunda lección Pascual Madoz»-, silenciada espesamente por los de mi cuerda; con articulines varios, luego, aquí y en otra Prensa diametralmente opuesta; por último, en una serie de entrevistas con que me han honrado masimedios de los más leídos (¡hasta en «La Luna» voy a salir espero, de entrevistado!).

El muro de silencio que preví «ex ante facto» se alzó bien alzado. Empieza a agrietarse un poco. Según Suárez, en provincias soy muy comentado, y no es flaca satisfacción para quien odia, execra, regurgita el centralismo ancestral nuestro y a los que todo creen muñirlo pegados al Cerro de los Angeles. (El presente artículo puede resultar egocéntrico, pero es aposta: no me deja otro expediente el muro.) Los cinco puntos son los siguientes: 1. El centro es una aberración, una idiosincrasia nuestra, un indigenismo; no tiene sentido. 2. El PSOE está dando las boqueadas, vive ya su fase de predescomposición (subsidiariamente, los socialistas que le quedan van a dejar, por fin, de hacerle el juego al par director). 3. La derecha no sabe manejarse, está como algodonada contra el Poder. 4. El pueblo vive manso, tierno, caldorro: soterizado (o soteriologado o soterioficado, por si hay algún purista en la tertulia) sobre todo; ha sido y sigue siendo criminal, de lesa patria, fomentarle esa querencia suya anormal, en vez de proponerle furia y paroxismo, pasión y deliro. 5. Suárez.

¿Cuál es el balance al cabo de tres meses? Pero antes quiero hacer dos advertencias: la primera es (y con ella me voy del egocentrismo al extremo opuesto, la modestia suma) que no pretendo haber tenido arte ni parte en la evolución; simplemente, como los meteorólogos, que no aspiran a acertar con sus pronósticos sirvo a muy corto plazo, he intuido, o me he adelantado unos meses a lo que está por venir; la segunda es que, escribiendo esto, me despojo de mis gustos y preferencias, me pongo objetivo como hombre del tiempo que soy. Por lo mismo, voy a empezar por los puntos (acoplados) 1 y 3, ya que interesan por igual a todos: a la izquierda le interesa tanto como a la derecha, a la derecha le interesa tanto como a la izquierda, que desaparezca esa compresa h... que es el centro; a la izquierda le interesa tanto como a la derecha que la derecha no sea blanda y sosona en su manera de atacar al Poder, le interesa para salir ella -la izquierda, digo- de su actual «veulerie» y «svogliatezza» (refugiarse en otras lenguas permite ser severo ofendiendo menos). Bien, ¿cuál es el balance del punto 1? En lo práctico, los sondeos más recientes nos dicen que los interrogados empiezan a expresar desvío en la pregunta del «centro» y, si se mantienen en las de «centro derecha» y «centro izquierda», es porque, probablemente, están empezando a oír ya «centro» bajito, y «derecha» e «izquierda» altísimo, en boca del sondeador. En lo teórico, es un consuelo para servidor que, en un artículo sañudo contra servidor, se haya escrito, más o menos: «Es un loco y un memo, pero en esto ha dado en el clavo.»

En cuanto a la blandura de la derecha, tengo leído ya mi misma observación en otras plumas (entre paréntesis, cuando propugno una combatividad acentuada por parte de la derecha me refiero a la lucha política o de ideas, y no a los ataques «ad hominem»). En lo primero, estamos por debajo, en punto a flojera, del escandinavo más apático; en lo segundo, ¿qué eficacia añade, si no es de baja

estofa, meterse con taras personales (que si Fulano es alto, que si Zutano tiene mucha clase)? [Por no hablar del daño objetivo para la juventud premelómana, que va a acabar asociando, a lo Paulov a Mahler (católico, por lo demás, converso) con algo que le disgusta.]

El punto 2 parece el más duro de aceptar y es, sin embargo, el más luminoso (a mi modo de ver, medianamente ilustrado): «El PSOE está dando las boqueadas.» Hasta los más afectos me comentaron, en mis dos semanas en Madrid: «No, eso no. Te desprestigias al vaticinar el hundimiento del PSOE. Queremos pensar que no lo crees tú mismo, y que lo dices por láctica, para inculcar algo pavloviano. Pero te pasas.» Esta reacción ha sido universal. Solamente dos me han seguido la corriente, y aun asentido: Ansón y Suárez. [Voy a abrir un inciso porque, por carácter y desde siempre, me apasionan las confluencias: resulta que a mí, más todavía que la frase sobre la bondad mayor del capitalismo y lo de pagar (se paga para entrar en él, recordémoslo) por morir apuñalado en el Metro de NY, me dejaron helado las declaraciones en Caracas de don Felipe González. Pues bien, hablando con mi político -no daré nombres- favorito, antes de haberme referido yo todavía a la cosa, va él de pronto, apunta, sin venir a cuento y con una mano, a la estantería, me dice: «Ahí tengo el video de Caracas.» Declaraciones de Caracas que yo, en este remoto pueblo francés, leí en un periódico de orden de Barcelona. Compré inmediatamente Prensa de izquierdas. Salán, sí, pero recortadas, pulidas, peinaditas, desvenadas, antidotadas. Recapítulo: ¿Quién de izquierdas conoce las declaraciones de Caracas enteras? Quitándome a mi político favorito y a mí, nadie.]

Bien. El balance de este punto es malo: no se ha progresado; sigo siendo el único que dice tamañas atrocidades del futuro del PSOE. Y sin embargo... Démole tiempo al tiempo, que es, por cierto, lo que nos obliga él a hacer a cada segundo, incluso mientras dormimos, lo cual no es jugar limpio, pero en fin. Démole tiempo al tiempo, y se verá. Se corrió la gente, a raíz de las elecciones catalanas, a «¡Ahí va!, a lo mejor no están para veinte años», y, a poco, a «¡Atiza!, a lo mejor no sacan la mayoría absoluta». Seguirá el corrimiento. Permítame emplazarle, estimado señor lector, para dentro de tres meses, verbigracia [naturalmente, si a) adelantan las elecciones y/o b) la derecha sigue tal cual y/o c) lo que, no siendo de derechas, es hostil al PSOE navega y navega, no he dicho nada].

Supongamos que lo que digo lo diga, *efectivamente*, con táctico voluntarismo: el peligro es tan grande que estaría justificado. *En efecto*, este pueblo, sin tener él la culpa, ha estado cuarenta años ensopado y muy cuidado. El aprendizaje de la emancipación no se hace en un día. La nostalgia del padre que se ocupa de todo es poderosa. Lo que he descubierto ahora sin querer es que ese resignarse al «Daddy knows best» podría centrarse no ya en una persona, como pensaba, sino en una entidad («confer» México en la versión reformista; la hoy desaparecida República Jemer, en la extremista).

Pero no les arriendo la ganancia, si no rompen, ante la historia socialista, como no se la arrendé a los dirigentes todos de la izquierda ante la española general por haber dejado, del 75 al 77, que se los comiera crudos y sin pararse a quitarles la cáscara tan siquiera, como yo las gambas, la derecha.

En cuanto a lo más penoso de todo -la mansurronería, cívica armonía, capitiflexión, hiperdulía de la Consti, mesura, compostura, etcétera, etcétera, del pueblo, al que dicen hoy «ciudadanía» para más humillarle y restregarle más su actual envilecimiento-, soy francamente optimista: es de fachada. No hemos cambiado. Late aún el corazón violento bajo este costillar hispano-danés de ahora. Basta con rascar un poco para que brote el español delirio. Resurgirán la furia y el paroxismo. He contado ya en estas páginas cómo acabo de descubrir una prueba fehaciente del delirio nuestro de siempre, con la definición de «electricidad» que figuraba hasta hace poco (hasta la vigésima edición) en el Diccionario de la Real Academia: «Agente muy poderoso, que se manifiesta... por chispas y penachos luminosos.» No he revelado la cosa para burlarme de Ella. En absoluto. Primero, porque

creo que acabaré entrando también yo en la Academia cuando algún amigo lea su discurso de ingreso; segundo, porque me parece una definición soberana; tercero, porque me imagino que los físicos de hoy, comparada con cuya «crisis de identidad» corporativa la de los marxistas es nada y menos que nada, habrán comentado: «Pensándolo bien, nos parece más exacto "agente muy poderoso... penachos luminosos" que la nueva definición de la recientísima nueva edición que si protones, electrones, etcétera.» (La física actual va ya por lo de bautizar a las nuevas partículas elementalísimas que se le aparecen últimamente con nombres de novela anglosajona de fama, y hablar de protones y demás debe de resultarles hoy tan lírico como a nosotros, profanos, lo de «agente poderoso, penachos luminosos».» Motivos, pues, fundados de optimismo en relación con este punto popular.

Me queda por tratar el quinto: Suárez. En lo personal, no ha podido salir mejor. Se congenió, espléndida voz castellana («congeniar», digo). Fueron apenas unas horas, pero hubo pleno acuerdo en mis dos Principios Rectores de hace casi treinta años, implícitamente en el primero («todo es táctica»), explícitamente en el segundo («la alabanza mutua es muy importante»). En efecto, le alabé yo a él de palabra como nunca le habían alabado tanto otros antes; me alabó él de palabra a mí como nunca más nadie volverá a alabarre. Callejón sin salida, por consiguiente: toda eventual segunda conversación se resentiría de la perfección de la primera. En lo que atañe a lo extrapersonal, no sé qué te diga. «¡Güetansí!»

Resumen:

Febrero de 1985.- «Es un loco, estrafalario, provocador; un iluminado, cantamañanas, aguafiestas, chatón. Hagamos el que no oye.»

Octubre, pongo por caso, de 1985.- Seguiré colocando mis cinco puntos, hoy escarnecidos. Contestará entonces todo interlocutor, a propósito de uno, dos o tres de ellos: «Esto que expresas lo vengo aseverando yo desde bastante antes que tu.» (Me ha pasado otras veces.)

Como dijo aproximadamente lord Acton: «El poder fincha, el poder absoluto fincha absolutamente.»

Contra finchados, henchidos. Henchido estoy de optimismo, de seguridad, de fe ciega en mis pobres cinco puntos, y en este pueblo curiosísimo. Ni nombre de pila entero es Julio Eduardo David Ignacio.